
Razón y libertad

EN EL ACTO DE PRESENTACIÓN AL PÚBLICO DE
LA FUNDACIÓN PARA EL ANÁLISIS Y LOS
ESTUDIOS SOCIALES
CASINO DE MADRID, 13 DE MAYO DE 1992

Quiero, ante todo, agradecer la presencia de todos ustedes, que han tenido la amabilidad de acompañarnos en este acto de presentación de la nueva etapa de una fundación que nació regional, en Castilla y León, y hoy tiene como ámbito de actuación toda la Nación.

Y no puedo dejar de agradecer también, públicamente, a todas las personas que, de la más variada procedencia —del foro, de la cátedra, de la vida económica, el mundo de la cultura y otros ámbitos profesionales— han aceptado generosamente participar, bien como miembros del patronato, bien como colaboradores, en las tareas a las que se va a dedicar la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales.

Toda presentación requiere un enunciado de propósitos de la empresa presentada, y no es mi intención escapar a este esquema, no por habitual menos exigible.

¿Qué se propone la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales? Es tan frecuente en estos días ver a figuras públicas, a grupos sociales o a entidades de todo orden entregarse a la actividad por la actividad, sin otra

intención aparente que sumarse al ruido de fondo, que considero un deber responder con claridad a esta pregunta.

Ortega y Gasset dijo que la política no aspira a entender las cosas. Pues bien, la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales se lanza al ruedo con la intención de demostrar que la pesimista sentencia orteguiana no es del todo inapelable.

La Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales incurre así en un optimismo que algunos juzgarán excesivo, sobre todo aquéllos entre cuyas ocupaciones cotidianas no figura el procurar comprender qué sucede a su alrededor, pero los miembros de su patronato y su presidente no desean renunciar a añadir un sustrato de inteligibilidad a un terreno que siendo, sin duda y en gran medida, gestión ejecución, decisión y —reconozcámoslo— imagen, no puede ser sólo esto.

Los grandes proyectos políticos siempre han sido acachados por dos enemigos mortales: la impaciencia y el coyunturalismo táctico. Ambos están indefectiblemente ligados al desprecio por las ideas y a la embriaguez de la acción. Pero también es una observación de Ortega que una sociedad en la que se le bañla el agua en exceso al hombre de acción, está en peligro de abrirse a la barbarie.

Cuando se decide, desde la preocupación política, invertir tiempo y trabajo en un quehacer que no está relacionado de manera directa con lo inmediato, como es el caso de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, se hace por la convicción de que, tal como señalaba Lord Keynes, el motor del mundo son las ideas y de que los acontecimientos humanos no son gobernados por abrumadoras obviedades como el dinero o el afán de poder, sino por las ideas que tenemos sobre el poder, la economía o la sociedad. Y que es precisamente la fuerza de las ideas y su capacidad de transformar positivamente el mundo lo que nos puede redimir, aunque sea parcialmente, de ciertas servidumbres desoladoramente lineales.

Ser conscientes de que la toma de las decisiones más habituales y más nimias de los hombres y mujeres que nos cruzamos en la calle está inconscientemente basada en cons-

trucciones teóricas o interpretaciones de la realidad que eminentes pensadores, con frecuencia ignorados o incluso despreciados en su época, elaboraron centenares o quizá miles de años atrás, no es un descubrimiento banal.

Saber que detrás del relampagueante escaparate de la historia está la mente humana, lucubrando, investigando, tanteando, chapoteando en el error con los ojos permanentemente levantados hacia fragmentos huidizos de verdad, da todo su sentido a un proyecto como el que aquí se presenta hoy.

La mera táctica, sin el apoyo de los proyectos de largo alcance, es una serie desordenada de palos de ciego y la estrategia que no emane de una sólida base conceptual es un ajedrez vacío.

Es, por tanto, propósito de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales destilar conceptos y diseñar estrategias que señalen horizontes dignos de ser alcanzados más allá de la contingencia política cotidiana.

Y la fijación de nortes parece especialmente indicada en estos tiempos de cambios vertiginosamente acelerados. El fracaso del socialismo real ha significado mucho más que la demostración de la inviabilidad de un sistema de organización social basado en la estatalización y en la planificación imperativa. Con las torres de vigilancia, los campos minados y el alambre de púas que separaba dos mundos enfrentados ha desaparecido también una antigua y despiadada ilusión: la de que existe una explicación global del mundo y que una vez hallada es posible conocer el sentido de la historia. El coste en vidas y en sufrimientos ha sido sobrecogedor, pero hemos recuperado la posibilidad de elegir y cada amanecer vuelve a ser una apasionante encrucijada.

Por eso resulta imprescindible librar permanentemente la batalla del conocimiento y someter a examen y continua revisión nuestros esquemas de aprehensión del mundo y, muy particularmente, de aquellos procesos que poseen dimensión colectiva. Si parece probado que la solidaridad no puede imponerse coactivamente sin destruir al mismo tiempo todo rastro de dignidad humana y cualquier posibilidad de

auténtico progreso, sólo nos queda el accidentado y vigorizante camino de la libertad.

Los problemas a los que se enfrenta nuestra especie en este fin de siglo son tan formidables que su simple enunciado encoge el ánimo más esforzado. La explosión demográfica, el calentamiento del planeta, el abismo creciente entre el Norte próspero y el Sur paupérrimo, el imperio del narcotráfico, la progresión implacable de una nueva plaga oscura, el deterioro de la biosfera, el recrudecimiento de los conflictos sangrientos de carácter étnico o religioso o la atomización de los centros de control de las armas de destrucción masiva son algunas de las amenazas que se ciernen sobre nosotros y sobre nuestros descendientes. Pretender abordarlas cabalgando sobre la delicuescencia vagamente hedonista del posmodernismo, resulta no sólo ridículo sino irresponsable.

Además de estas cuestiones globales que nos afectan con intensidad diversa, España, después de superar satisfactoriamente su transición política y tras una década de poder socialista, contempla con desasosiego cuatro grandes áreas de insatisfacción en su panorama público.

En primer lugar, la invasión explícita o subrepticia de las instituciones nucleares de la democracia por el poder ejecutivo y partidario socialista, con grave deterioro de su equilibrio y de su independencia.

En segundo lugar, una preocupante pérdida de competitividad de muchos sectores de nuestra sociedad, tanto públicos como privados, en un clima de reclamación perentoria de derechos y de ignorancia sistemática de deberes, con el halago fácil de las clientelas electorales cautivas como prioridad de gobierno y el olvido de que existen prácticas como el esfuerzo, el ahorro, el estudio, la autoexigencia, el afán de superación y la búsqueda de la calidad, que han de ser recuperadas y ensalzadas.

En tercer lugar, una difuminación laxa de la línea que separa lo que está bien de lo que está mal, lo que es recto y lo que es torcido y los comportamientos éticamente limpios de las venalidades descaradas o encubiertas.

En cuarto y último lugar, la multiplicación de particularismos que tienden a ver el Estado como un simple armazón

jurídico y administrativo que hay que ir desmontando paulatinamente, ignorando que España es una realidad nacional cuya inaplazable y profunda transformación para dar acogida flexible a los hechos diferenciales y satisfacción generosa a los derechos históricos, no implica su desaparición como ámbito de grandes, ilusionantes y sugestivas tareas comunes.

De todo ello, de la teoría de una España fuerte pretende ocuparse la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales mediante la reflexión rigurosa, el debate sereno y la propuesta de soluciones realistas que no rehuyan la imaginación, la valentía y el compromiso.

Decía al principio de estas palabras que la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales nace con actitud optimista. Pero no es vana. Se apoya en la razonable creencia de que en España hay muchos hombres y mujeres que son conscientes de estos problemas que sumariamente he enumerado y que comparten hondamente las preocupaciones enunciadas. Y esa conciencia y esa preocupación les invitan a entregarse a la tarea de la reflexión, de la búsqueda de respuestas a tan formidables interrogantes.

Yo percibo un nuevo clima intelectual en nuestro país. Ha pasado ya el momento de los "falsos maestros", que han enmudecido castigados por la propia historia. Ha llegado el momento en el que los valores de la libertad, de la superación de dogmatismos y prejuicios constituyen el motor de tantos esfuerzos. Son valores que por encima de los ruidos vuelven a adquirir prestigio. No es cierto que el viejo instrumento de la cultura occidental, la razón, haya de ceder el paso al vacío o a la existencia. No podemos instalarnos en el cinismo de los que se han apresurado a despojarse de su vetusto traje.

En nuestra universidad, en los centros de investigación, en los círculos de creación cultural se abre un nuevo horizonte, que suscita grandes esperanzas. Nosotros queremos contribuir, en la libertad, a esta indispensable tarea de reflexión que necesita el concurso de tantas voces.

La dignificación de la vida pública en España —cuyo deterioro constituye ya un tópico— exige como punto de partida, me atrevo a decir, la recuperación del protagonismo

que corresponde ejercer al mundo del pensamiento y de la creación. Tenemos demasiadas preguntas pendientes y las respuestas, que necesariamente han de ser plurales, deben nacer de nuestra capacidad de interrogarnos, de dedicar tiempo y energía a reflexionar sobre cuestiones no inmediatas.

Porque sería terrible que al sentirnos huérfanos de utopías globalizadoras, cayésemos en la adhesión acrítica a identidades grupales o a fundamentalismos esencialistas que nos garantizaran certidumbres inmediatas al precio de la renuncia a la lucidez. El desplome de los grandes ídolos podría llevar a muchos a la marginación, al cinismo o a buscar un peligroso consuelo en el culto a crueles deidades menores.

Tal como ha señalado recientemente Vaclav Havel, la era de la razón prepotente capaz de descubrir una teoría universal del devenir humano ha llegado a su fin.

Pero este hecho incontrovertible y demoledor no ha de llevarnos al desaliento sino a la esperanza. Si la razón arrogante —la fatal arrogancia— se ha quebrado en un trágico fracaso, nos queda la otra: la razón humilde pero tenaz que sólo aspira, siguiendo la recomendación de Píndaro, a agotar el campo de lo posible, como mejor expresión de la esperanza bien fundada.

Sustento la radical convicción de que la vía racional es, de todas las vías posibles de conocimiento, aquella que mejor conviene a la organización de la sociedad y a la consecución progresiva de su bienestar y su progreso. Sin descartar la fe, o la intuición como métodos de abordaje a la realidad, no creo que sean adecuadas para sentar las bases de la convivencia humana ni para articular los cauces institucionales, jurídicos, económicos y políticos que la hagan posible y deseable.

Y creo, además, que escoger la razón para interpretar, explicar y estructurar las sociedades humanas es una decisión de indudable contenido ético. Éste que es, a mi entender, uno de los puntos centrales de *La sociedad abierta y sus enemigos*, que no ha sido suficientemente difundido y asimilado.

Porque no hay razón sin libertad ni libertad sin razón. La razón y la libertad se conocieron y aprendieron a vivir juntas bajo el luminoso sol del Ática hace dos mil quinientos años, y desde entonces han conseguido sobrevivir a todos los horrores y todos los desmanes en que la raza humana ha caído cuando les ha dado la espalda.

La Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales desea contribuir modestamente en esta España nuestra de postrimerías del milenio a que sean la libertad y la razón las fuentes de la justicia y de la solidaridad, a que sean la razón y la libertad las pautas inspiradoras de esta gran narración colectiva que entre todos hemos de escribir y cuyo argumento somos nosotros mismos.

La contribución a estas etapas de una fundación política, que precisamente por su condición nace con la vocación de traspasar los linderos de lo estrictamente político, sólo puede basarse en el diálogo. Un diálogo sincero y realista, que respeta a los interlocutores tal como son y que sólo les pide lo que pueden aportar: fidelidad al propio pensamiento, a las convicciones asumidas y a las ideas que sobre los diversos problemas hayan elaborado.

Nuestro sistema democrático necesita afrontar una etapa nueva en la que el pueblo español recobre su identificación con los grandes objetivos nacionales. No es esta una labor que compete sólo ni principalmente al sistema político. Yo quiero reivindicar aquí el papel insustituible de las instituciones, grandes y pequeñas, que se han ido creando a lo largo de nuestra historia y de las que van surgiendo del impulso de la propia sociedad, porque todas ellas son elemento fundamental de nuestra vertebración. La Universidad, las Reales Academias, las fundaciones, los centros de investigación, merecen el máximo apoyo, en primer lugar de la sociedad, pero también del Estado, que debe saber articular con inteligencia una política no basada en la desconfianza, sino en el estímulo y el aprecio a lo que hacen y a lo que son.

Decía el general De Gaulle que la política es la acción al servicio de una idea fuerte y sencilla. Pero para cosechar esta única idea, simple y sólida, hay que cultivar el campo

inmenso en el que crecen y florecen, domesticadas o agrestes, ordenadas o espontáneas, osadas o prudentes, todas las ideas.

Este es el propósito de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales. Quienes la hemos puesto en marcha creemos que los principios y las ideas tienen un puesto esencial en la España que queremos construir. No concebimos mejor modo de trabajar por España que a través de nuestros principios particulares. Yo sé que todos ustedes comparten esta idea, que es la esencia del pluralismo democrático. Por ello les invito a sumarse y colaborar en este proyecto para impulsar la causa de la libertad y para mantener encendida la llama de la razón, y les reitero nuestro agradecimiento por su presencia, que es el mayor estímulo que podemos ahora recibir.

Muchas gracias.